

el viento ruja y el mar breme, aunque los torrentes se desborden y los ríos se empujen tumultuosamente, aunque las nubes cubran el cielo y los pájaros hayan abandonado sus nidos y nuestras regiones; aunque todo parezca estar envuelto en sombras de muerte: ¡esperanza! Esperanza, sí; esa muerte es ficticia, esa tristeza es pasajera. En la vida de la naturaleza no sucede lo que en la vida del hombre. Cuando la vejez llega á nosotros, perdemos para siempre el sagrado fuego de la juventud; cuando la muerte cierra nuestros párpados y nuestros labios, los cierra para siempre; pero la naturaleza envejece para rejuvenecer, muere para resucitar; el sudario la cubre, es cierto; pero debajo del sudario se abita sin cesar la savia, la poderosa sangre de sus venas, la inagotable y regeneradora llama de la vida. Esperanza, sí; la naturaleza duerme, pero no temáis, su lecho no es la tumba; cuando vuelva á abrir sus ojos, brotarán de ellos mas esplendentes rayos de luz y de calor; cuando abra de nuevo sus labios, se exhalarán de ellos más balsámicos perfumes: cuando mueva suavemente sus pies, nacerán en las huellas haces de plantas, y cuando agite las alas surgirán enjambres de pájaros. La oireis hablar y cantar otra vez, y su voz no habrá perdido el sereno timbre ni su canto la inefable melodía. Esperanza! dejad que llueva; de cada gota de agua nacerá una flor; dejad que el río se desborde; cada desbordamiento promete una cosecha. Y sobre todo, es la palabra sinceramente humana y consoladora, la palabra que oyen los corazones que sienten y los pensamientos que se elevan, el dulce sonido que nos acompaña constantemente: Esperanza!

MARTÍN BEL.

EL CIELO ASTRONÓMICO

UNO de nuestros mejores poetas tuvo la feliz ocurrencia de decir en una de sus poesías, que el espacio azul que vulgarmente llamamos cielo, ni es tal cielo, ni es azul tampoco.

Atrevida parecerá esta idea á todos aquellos que desconocen que el aire, si está en pequeña cantidad es incoloro, y que los más potentes telescopios no han llegado á descubrir ninguna bóveda oculta detrás de los últimos soles que pueblan la inmensidad de los espacios planetarios.

¿Qué es, pues, este cielo que tan sorprendentes maravillas nos ofrece de continuo y en cuyo seno vemos moverse esas miríadas de estrellas, sin que un instante cese su carrera vertiginosa, como si la maldición eterna pesara sobre ellas y cual nuevo Judío errante vagaran por el Universo, empujadas por misteriosas furias que, abarcando el es-

pacio en toda su extensión, las precipitaron un día en un abismo sin fondo y después de millares y millares de siglos que están moviéndose, todavía están próximas al punto de partida?

¿Qué es este cielo donde convergen las miradas del creyente y del astrónomo, el primero en busca de la causa Omnipotente y el segundo afanoso de penetrar hasta los últimos límites de esa esfera, cuyo centro está en todas partes y cuya superficie nadie ha sabido encontrar todavía?

¿Qué es este cielo donde vemos desarrollarse las auroras boreales, teñirse los crepúsculos, forjarse el rayo, repercutir el trueno, ensancharse los halos lunares, aparecer y desaparecer los astros, eclipsarse los soles, inflamarse la cola de los cometas, sin que un momento cese la armonía de sus partes y cuyo conjunto constituye la mas admirable y perfecta obra que jamás la inteligencia humana hubiera sido capaz ni siquiera de concebir?

¿Es posible que la casualidad y la sola casualidad haya dado origen á este mundo sin fin, de regiones indeterminadas en todos sentidos, de astros infinitamente grandes que se mueven en todas direcciones y de soles que no se apagan jamás? ¿Es posible que la casualidad y la sola casualidad haya dado origen á todos esos agentes que gobiernan los espacios celestes, manteniendo á los astros en sus respectivas órbitas, sin que nunca se alteren las leyes de su movimiento, sosteniendo la vida en las apartadas regiones del infinito, donde sin la luz y el movimiento de esas estrellas reinaría el silencio y la oscuridad más absolutos? ¿Es posible creer que todos estos agentes han brotado por un capricho de la Naturaleza que sin ser antes nada, ahora lo es todo? ¿No son nada estos agentes, por más misteriosa que sea su existencia, cuando nosotros mismos á ellos debemos la vida y ellos son los que mantienen la armonía eterna en la duración?

¿Hay nadie que pueda convencerse, por ejemplo, de que *el viento, la lluvia, las neblinas, las nubes, las mareas, las corrientes, la salazón de los mares; su profundidad, la temperatura y su color, el azul del firmamento, la temperatura del aire, los colores y las formas de las nubes, la altura de los árboles y de las riberas, el espesor de su follaje, el brillo de sus flores*, sean hechos debidos al acaso y no la consecuencia de combinaciones necesarias para el perfecto equilibrio de la vida en nuestro planeta?

Este mismo cielo, que no bastan á escudriñar los telescopios mas poderosos, y en cuyo seno se agitan esas grandes masas cósmicas, ¿no es más que el infinito abstracto, que no obedece á otro principio que la casualidad, cuando la ciencia astronómica descubre leyes que fijan invariable-

mente la marcha de los astros, mide su altura, su densidad, su masa y el camino que recorren en un tiempo dado?

Este mismo cielo, que acaso la imperfección de los instrumentos ópticos, no permite hallarle fin, cualquiera que sea la dirección hacia la cual encaminemos nuestras miradas ¿es realmente indefinido en todos sentidos? Y si verdaderamente no tiene límites, ¿hacia donde van bogando todos estos astros que, como nuestro planeta, tienen seres vivientes que nacen, crecen y mueren después de haber cumplido su destino, como lo cumplen los agentes físicos la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo?

Mas, si, por el contrario, este cielo es limitado, es decir, si á una distancia mas ó menos lejana del planeta que habitamos, la esfera celeste tiene una corteza sólida que circunscribe los espacios planetarios, ocurre preguntar ¿qué hay detrás de esta corteza, ó es ella misma la que abraza en su extensión la idea del infinito?

De cualquier modo, pues, que examinemos la cuestión, al dirigir nuestras miradas al cielo astronómico, el concepto de lo indefinido en extensión brota enseguida de nuestra mente, sin que la inteligencia humana pueda comprender toda la grandeza de su concepción.

Poco importa que el matemático con sus cálculos y el astrónomo con sus observaciones reduzcan á fórmulas concretas las leyes de algunos fenómenos de la Mecánica celeste, si la razón y los sentidos, finitos por naturaleza, no pueden abarcar en toda su plenitud los antros ignotos de las inmensidades etéreas, en donde flotan esos inmensurables astros que en noches serenas alegran nuestro espíritu, tachonando de puntos brillantes el firmamento y que apesar de su aparente proximidad á la Tierra, es lo cierto que se hallan á distancias fabulosas de nosotros.

¿Cómo es posible que el hombre se forme clara idea de lo que en sí representa el cielo astronómico, si para el exacto conocimiento de esta idea, la ciencia con todo su cortejo de luchas y trabajos, no ha logrado, ni acaso logrará tampoco nunca traducir á principios eternos é invariables, las leyes de los hechos, cuyo origen debe buscarse en lo desconocido, siendo así que la observación de estos mismos hechos le está vedada al hombre, por realizarse en las regiones más apartadas y por consiguientemente inaccesibles á su inteligencia?

No, no es posible formarnos idea exacta de lo que es el cielo astronómico, sin que la metafísica con todo el rigor de su lógica contundente nos ataje el paso, obligándonos á movernos alrededor de círculos de radios incalculables, que se originan al calor de conceptos tan fundamentales como lo son, la idea del infinito en el espacio y

su correlativa de la eternidad de la duración.

De la idea que tenemos formada acerca del espacio que nos rodea, resulta que si suponemos á un cuerpo animado de una velocidad extraordinaria, después de haber recorrido por espacio de millares de millones de años una misma dirección en busca de las últimas regiones celestes, no habrá adelantado nada en el camino emprendido y el término de su viaje se hallará eternamente lejos como lo estaba al iniciar su movimiento.

La razón humana no basta á comprender toda la inmensidad de esta concepción y el hombre vese obligado á doblar la cabeza ante la idea del infinito y reconocerse impotente, siéndole permitido á lo más levantar una sola punta del velo que oculta tantos y tan insondables misterios, porque no hay duda que en el fondo del cielo astronómico hay guardada una serie numerosísima de problemas de la mas alta trascendencia que afectan con interés igual al mundo físico, que al psicológico.

¿Habría sido creada la materia nada mas que para cumplir las ocultas leyes de esa transformación que se opera incesantemente en los cuerpos, sin que dichas leyes tengan otra misión ó no coadyuven á mas fin, que realizar caprichosamente cuantos fenómenos físicos y químicos tienen lugar á cada momento en toda la extensión del Universo?

Este cielo que, al parecer, no tiene límites en ningún sentido ¿ha tenido principio y tendrá fin? En caso afirmativo ¿cómo se compagina la idea de ser y no ser una misma cosa, ó bien, la idea de lo finito abarcando lo infinito, que es lo mismo que pretender reducir lo irreductible?

¡Astros! cualesquiera que seais, Soles, Cometas, Planetas ó Satélites, ¿cuál es vuestro destino en el mundo y hacia donde os dirigís por las inmensidades de este piélago de inabordables orillas? ¿Es que al azar fuisteis un día engendrados de la nada y sobre vosotros pesa alguna condenación eterna que no os concede un punto de reposo en el camino de vuestras órbitas, y es vuestro destino girar eternamente alrededor de vuestros ejes?

¿Qué eres ¡oh cielo! y que destino cumples al abarcar en tu seno tantos soles que te alumbran, tantos cometas que te atreviesan en todos sentidos, tantos planetas y satélites como giran sin cesar, atraídos en su veloz carrera por el irresistible poder de estas fuerzas ocultas que los guían por el camino de sus órbitas invariables?

¡Cuán grande, á la par que sublime, te me representas! ¡oh cielo! cada vez que fijo en tí mis miradas y trato de penetrar cualquiera de los insondables misterios que encierras! Grande á la par que sublime es mi admiración al contemplarte y

desde luego hemos de confesar que la grandeza de tus maravillas, solo puede ser obra de un Dios Omnipotente, porque solo un Dios puede abarcar el infinito y solo un Dios tiene poder bastante para hacer surgir de la nada esa série innumerable de astros cuyo conjunto constituye lo que llamamos el Universo-mundo.

EUGENIO MATA

LOS GEMECHS D' UN POBRE MÚSICH

Poesia humorística premiada en l' últim certamen celebrat á Perpinyá, per la Societat agrícola, científica y literaria dels Pirineus orientals.

A la vejez viruelas.

L' organista toca l' orga
Y una monja va manxant;
¡Ella 'n sua gotas d' aygua
Y 'l pobret gotas de sang!

L' organista es un pobre home
Que 'n fora mol ben plantat,
Si no fos que 'n cada cama
Tragina mes de trenta anys.

Ab gorra de punt de mitja
S' amaga 'l meló del cap;
Du casaca per tot gasto,
Corbatí de capellá,
Ermilla de seda negra,
Calsa curta ab devantal,
Mitja negra y sabatassas
Ab aurellas y lligams.
Ensuma polvo de frare,
Porta vidras sobre 'l nas
Y 's fa sortir per darrera
Los bechs d' un mocador blau.
Quan está nuvol, la crossa
En un recó 's sol deixar,
Per trasvalsar un parayguas,
Que, mireu si 'n será gran,
Que 's capás de suplujarne
Tota una comunitat.

Tal es la vera pintura
Del artista sens igual,
Que avuy dia toca l' orga
De las monjas del Monsant;
Si be la monja que manxa
Me 'l té tan atrotinat
Que á tota hora riu y plora
Y fins canta en son desmay:

Ut, mi, sol,

¡Si pogués trobá un consol!

Sol, si, re.

¡Pot ser sí que 'l trobaré!

L' organista toca l' orga
Y una monja va manxant:
¡Ella 'n sua gotas d' aygua,

Y 'l pobret gotas de sang!

Quan los dits posa á las teclas
Sempre fret sent á las mans,
Fins que la monjeta manxa,
Que allavors li va passant.

Las solfas que ha de tocarne
Ni ab quatre ulls pot veurer may,
Perque sempre á la que mancha
Te posat lo cor y 'l cap.
Los bemols fa sostenidos,
Los cops sechs los fa lligats,
Fa uns calderóns com calderas,
Equivoca fins las claus,
Y si, en missas y rosaris,
Acompaña dolsos cants,
Com te 'l cap á la manxayre,
No toca á to ni un borrall.
De manera, que aquella orga
Que antes era celestial
Avuy qui la sent murmura
Que es ben be una orga de gats.
Y es que la hermosa que manxa
Al vell te tan trastornat,
Que á tota hora riu y plora,
Plora y riu y va cantant:

Ut, re, mi,

¡Una ó altra 'm fa patí!

Sol, si, re,

¡Si aixó dura 'm moriré!

L' organista toca l' orga
Y una monja va manxant;
¡Ella 'n sua gotas d' aygua,
Y 'l pobret, gotas de sang!

L' abadessa de las monjas
Tot aixó ha mitg olorot,
Pus, quan menys, ha hagut esmena
De que avuy no es com avants.

Al torn, al vellet ne crida,
Preguntantli ab veu de nas:
—Per quin motiu toca l' orga
Com si fos orga de gats?—
Mes lo vell, que no sabía
Perque al torn ha estat cridat,
Al sentirho fa una ganya,
Y li contesta al instant:
—¡Senyora, no es res del orga
La causa de tocar mal;
Es la manxayre nuvia
Que, no sabent du 'l compás,
Unas voltas manxa ab furia
Y otras manxa ab cert desmay.
—Donchs demá, diu l' abadessa,
Procureu ensinestrar
A la nuvia manxaire,
Perque, l' orga com avants,
Toqui be y tregui veuhetas